

Interpretación de las fiestas: propiciación y protección

ANTXON AGUIRRE SORONDO

CLASIFICACION DE LAS FIESTAS

Fundamentamos la propuesta de un análisis etiológico de la fiesta en la, a nuestro juicio, evidente unicidad del fenómeno dentro de la rica diversidad de sus expresiones. Esto nos permite abordar la clasificación de las fiestas sabiendo que, si bien no sea válida para todos los pueblos de la Tierra en todos los tiempos, no es menos cierto que incide en los aspectos básicos explicativos del origen y desarrollo de la expresión festiva.

Antes de comenzar, aunque parezca una obviedad, se antoja necesario explicar que la fiesta surge como manifestación de la dimensión social del ser humano, y como tal expresa las potencialidades del sujeto: religiosidad, racionalidad, sensibilidad, laboriosidad, comunicabilidad...

A efectos metodológicos, consideramos que el estudio de la fiesta debe tener en cuenta el desarrollo cíclico del tiempo humano. Se trata de una concepción que, trascendiendo a una lectura natural (las fases de la luna y las mareas, las estaciones del año y las cosechas), ha constituido uno de los primeros pensamientos filosóficos de los pueblos antiguos. Con hermosas palabras lo decía Friedrich Nietzsche: "Todo va, todo vuelve; eternamente gira la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer; eternamente transcurre el año del ser".

Muy recomendables son los estudios que sobre el *calendario vasco* publicaron R.M. de Azkue, J.M. de Barandiarán, Caro Baroja, Gorostiaga, J. Vinson y más recientemente J. Gómez Tejedor. Sin embargo no es éste el objeto de nuestro empeño, sino que nos centraremos única y exclusivamente en los *ciclos festivos*.

Puestos a reflexionar sobre el origen de las expresiones festivas, hay dos hipótesis de trabajo que merecen nuestra atención:

Fiestas de origen astral. Suponiendo que surgieron como manifestaciones

de tipo animista: la adoración del sol o de la luna y su permanente muerte y regeneración. De aquí derivarían también las fiestas de carácter religioso.

Fiestas de origen estacional. Inspiradas en las estaciones —primavera, verano, otoño e invierno— y estrechamente relacionadas con las labores agrícolas y cazadoras. Parece evidente que muchas fiestas se crearon como regocijo por la obtención de bienes de primera necesidad (básicamente alimentos, pues no ha lugar incluir aquí la fase industrial o pre-industrial, en mayor medida continuadora de los ritos heredados de una cultura puramente agrícola: recordemos de paso que en un principio el hombre dependió enteramente de la caza, luego del pastoreo y posteriormente de la agricultura).

Examinaremos a renglón seguido con detenimiento estas dos hipótesis:

FIESTAS DE ORIGEN ASTRAL

Dice Mircea Eliade que “en las lenguas indoeuropeas la mayor parte de los términos que designan los meses y la luna derivan de la raíz =*me*=, que ha dado en latín tanto =*mensis*= como =*metior*=, “medir”. En euskara la raíz común es “il”, e incluso en un tiempo eran homónimos (“il” o “illa”). Es palmario que el satélite de la tierra sirvió al hombre como primer calendario natural para medir el paso del tiempo, tanto por su visible y regular transformación como por su coincidencia con el período catamenial de la mujer. Es muy probable que en la antigüedad se hicieran fiestas de carácter mensual (en plenilunio o novilunio) y, aún más seguro, ritos apaciguadores al producirse eclipses (en China los arqueros lanzaban sus flechas al cielo para liberar el curso normal de las noches y los días).

No menos clara es la identificación de la luna con la muerte. Como dice Mikel Aramburu Urtasun en su obra “El Origen lunar de algunas fiestas”, el carácter sagrado de nuestro satélite “deriva de la similitud de sus fases con la propia vida humana y su anhelada resurrección. Gran parte de las antiguas civilizaciones le atribuyeron el carácter de dios de la muerte o de los muertos y consideraron al propio astro como el país de los muertos. Entre nosotros: hilargia, luna; hil, morirse, muerto; argi, luz”.

Con el transcurso de los siglos, el hombre perfeccionó sus conocimientos astronómicos y se percató de que si el sol cubre un ciclo completo, también a semejanza de la luna marca dos épocas claves: el punto álgido del invierno o solsticio hiemal —el equivalente al novilunio—, que es cuando el sol está en el trópico de invierno, y el punto álgido del verano o solsticio vernal —especie de plenilunio—, cuando está en el trópico de verano. Los equinoccios (de primavera y de otoño, con el sol en el ecuador), equidistantes entre ambos puntos, se distinguen porque el día y la noche duran el mismo tiempo.

Aunque luego lo comprobaremos, a primera vista descubrimos que el solsticio hiemal coincide con nuestras actuales fiestas de fin de año —con la navidad como momento principal— y el vernal con las de verano —centradas en torno a las hogueras de San Juan.

En cuanto al componente religioso, señalar tan sólo que la acción del cristianismo durante su implantación consistió en asumir y adoptar aquellas

pautas que encontró en la sociedad a su llegada. La superposición producida es lo que llamamos sincretismo. Así, por ejemplo, si de antiguo se celebraba el 25 de diciembre en las religiones orientales la fiesta de las divinidades solares, el cristianismo fijó para ese mismo día la conmemoración del nacimiento de Cristo; en el solsticio vernal se intentó la fiesta de San Juan y, como un ejemplo más reciente pero no menos expresivo, la fiesta del 1º de mayo (que recuerda a los “mártires” obreros de Chicago de 1889) fue también santificada por la Iglesia en memoria de San José Obrero.

Pero tampoco hay que olvidar, aunque sólo sea de paso, que el cristianismo (y nos ceñimos a esta religión, por ser propia de nuestro ámbito) es el creador de la anti-fiesta. En efecto, porque si la fiesta es —diccionario en mano— sinónimo de alegría y regocijo, la clerecía, sin atreverse a negar del todo el componente lúdico, la interpreta sobre todo como una dicha de orden “espiritual”, primando siempre este sentido sobre todos los demás. Hasta el extremo de, sintiéndose incapaz de dominar las pasiones que se despliegan en la fiesta, intentar suprimirla, como ocurrió con las fiestas de carnaval o carnestolendas, contra las que impuso la dura y mortificante Semana Santa, que en muchos pueblos y lugares se iniciaban coincidiendo con los mismos carnavales.

FIESTAS DE ORIGEN ESTACIONAL

También nos planteamos el estudio del origen de las fiestas en función de la actividad laboral. Quizá sea incorrecto este término, pues en realidad cuando nuestros antepasados buscaban alimentos en la época pre-agrícola o se dedicaban a la caza como medio de satisfacer sus necesidades, el concepto de “laboro” no tenía razón de ser. En esta línea, quizás haya que llevar la reflexión un poco más lejos.

Si intentamos relacionar el origen de las fiestas con el ciclo agrícola, debemos observar primero que los trabajos del campo en nuestra zona se organizan, poco más o menos, de la siguiente manera: enero-febrero-marzo: esparcir el abono; marzo-abril: sembrar la patata; abril-mayo: cortar la hierba y almacenarla en silos; junio-julio-agosto: cortar la hierba y ponerla a secar, además de, en julio, recoger el maíz y en agosto sembrar los nabos; septiembre y octubre: levantar almiars de helechos.

El mismo proceso en la Euskalerría oriental se desarrolla así: marzo-abril: abono (antes con cal, luego con nitratos, bien nitrato de cal o de Chile); abril-mayo: escarda a mano de cardos y demás malas hierbas; fin de julio-agosto (según las zonas): se siega y se recoge en haces la hierba; se deja secar y a los días se trilla; septiembre: se labra la tierra; entre finales de octubre y mediados de noviembre (aproximadamente) se siembra. Por otra parte, se pueden dar dos tipos de siembra: la de primavera (marzo-abril) —básicamente patata, maíz, remolacha y cebada—, y la de otoño (octubre-noviembre) —de trigo y mestos (alholva, yero, habas, etc....).

De modo que las posibilidades de cultivo y las combinaciones del trabajo agrícola son tantas y tan variadas que hace del todo punto imposible que fijemos unas tareas comunes y representativas, ubicadas en momentos precisos del año, y las cuales dieran origen a las fiestas.

No obstante, siempre hemos dado al mundo agrícola mucha importancia en la fijación de nuestros calendarios. Significativo al máximo es el caso de la lengua vasca: el mes de marzo se designa “epailla”, homónimo de siega; junio, “garagarilla”, nombre también de la cebada; julio se dice “uztailla”, cosecha; “iraila” es septiembre pero asimismo helecho, y noviembre “azaroa” o simiente.

Otro hecho histórico de singular claridad: tras la Revolución Francesa se instituyó un nuevo calendario en Francia, que se mantuvo en vigor varios años, hasta su derogación durante el Imperio Napoleónico. Comenzaba el 22 de septiembre y ese primer mes se llamaba *vendimiario* (por la vendimia); desde el 22 de octubre, *brumario* (de bruma); desde el 21 de noviembre, *frimario* (de frío); *nivoso* (de nieve) a partir del 21 de diciembre; *pluvioso* (lluvia) del 20 de enero, el 19 de febrero comenzaba el mes de *ventoso* (por viento); el 21 de marzo, *germinal* (de germen, semilla); el 20 de abril, *floreale* (de flores); el 20 de mayo, *pradial* (de prados); al décimo mes del año, desde el 19 de junio actual, lo llamaron *messidor* (de mies); *termidor* (de therme, calor) se iniciaba nuestro 19 de julio, y por último *fructidor* (de frutos) el 18 de agosto. Por tanto, en su intento de volver a las fuentes primigenias de las que bebieron nuestros antepasados (roussonianas aspiración que la Revolución Francesa quiso convertir en realidad), los levantiscos galos se inspiraron para la ordenación del nuevo calendario en los ciclos agrícolas y meteorológicos, entendiendo que la naturaleza depositaba en su seno las razones que explicaban nuestra existencia.

Ahora bien, centrándonos nuevamente en las fiestas, parece indiscutible que éstas en sus orígenes no eran un tiempo de diversión —o por lo menos no únicamente— sino el tiempo religioso por excelencia, que enlazaba con las necesidades puramente materiales. Aún en nuestros días algunas comunidades andinas, la del Ausangate por ejemplo, celebran sus fiestas en fechas señaladas, con el intento de propiciar buenas cosechas: a principios de julio coincidiendo con la siembra del maíz, en noviembre coincidiendo con la siembra de la papa o patata y en diciembre para la protección contra el graniizo y la helada y en súplica de agua.

Para los habitantes de las islas Sulawesi, en Indonesia, el arroz es tratado como un ser humano, pues consideran que es poseedor de un alma de naturaleza intangible. Por eso, durante la fiesta del arroz, los torajas danzan y cantan toda la noche, representando el ciclo vegetativo de este cereal, desde el nacimiento de la semilla hasta la recolección, e invocando en un momento determinado de la fiesta a sus antepasados, a sus dioses y a los espíritus del universo.

Y así como conservamos en nuestro mundo ejemplos claros de fiestas de origen protector y propiciatorio entre grupos agrícolas, por sentido común deducimos que igual sería para los grupos de cazadores y ganaderos anteriores a la geponía. Pues cuando se produce una mayor exuberancia vegetal, biológicamente es también cuando mayores posibilidades de supervivencia tienen los animales libres: la abundancia de alimentos *vegetales* se traduce en riqueza de vida *animal*, de suerte que en su endogénesis la Naturaleza multiplica la potencia de vida en todas sus expresiones.

ANALISIS DEL CASO DE GUIPUZCOA

Una vez planteadas estas ideas, enfrentémonos ahora con los datos que el trabajo de campo nos ha aportado.

Durante muchos años me he dedicado al estudio sistemático de las fiestas que se celebran en todos y cada uno de los pueblos, barrios y aun ermitas de Guipúzcoa. De este esfuerzo nació, amén de una amplia colección de artículos y ensayos breves, el volumen titulado *Guía de Fiestas Populares de Guipúzcoa* *, que ha visto la luz hace pocos meses.

Pero había algo que no tenía cabida en un libro divulgativo como aquél: el examen global de las fiestas de Guipúzcoa y su interpretación antropológica, que es objeto central de la presente exposición.

Para este propósito agrupamos las fiestas guipuzcoanas según el patronazgo, que pervive como justificación común de los hitos del calendario festivo (las “Magdalenas” de Rentería, los “Sanmarciales” de Irún, las fiestas del Carmen de Pasaia...). Hemos tomado como unidad de trabajo a todo conjunto de personas que de común acuerdo en la actualidad celebra una fiesta regularmente (una o más veces al año), y abierta a la participación popular, excepción hecha de ferias y mercados, pese a que a menudo incluyen componentes lúdicos.

Dicho esto, observaremos la frecuencia de eventos a lo largo del calendario y buscaremos si existen períodos de mayor o menor intensidad.

En aquellos casos que la fiesta tiene lugar en un día distinto al que su santo patrono ocupa en el santoral, sea porque la climatología u otros motivos aconsejan su traslado, —como por ejemplo en Urretxu cuyas fiestas de Santa Anastasia (28 de diciembre) se celebran el 22 de septiembre, o las patronales de San Gregorio (12 de marzo) que Aya conmemora el 3 de septiembre—, o, más comúnmente, cuando se desplaza al fin de semana inmediatamente anterior o posterior para evitar la coincidencia con jornadas laborables, en todos estos supuestos, pues, al objeto de nuestro estudio mantendremos la fiesta en su ubicación original.

Pasamos a tabular los acontecimientos festivos de Guipúzcoa por fechas, indicando en cada una el número de celebraciones que le corresponden, sin distinguir si son las fiestas mayores de una ciudad o simplemente de un barrio, ermita o calle (el lector curioso que desee desglosar cada unidad festiva puede consultar nuestro libro). Cuando se trata de rituales de signo religioso pero de inmemorial origen, explicitamos el elemento central del mismo (alimentos, candelas) al igual que hacemos con las festividades gremiales (“base-rritarras”, conductores) y de comunidades foráneas (gallegos, catalanes...).

ENERO

- 5. Víspera Epifanía = General
- 17. S. Antonio Abad o S. Antón = 4
- 20. S. Sebastián = 6
- 22. S. Vicente = 1
- 25. S. Pablo = 1
- 28. S. Valero = 1

FEBRERO

2. Candelaria = (Bencón.candelas) = General
3. S. Blas = 5 (Alimentos general)
4. Víspera Sta. Agueda = General
5. Sta. Agueda = 5

MARZO

1. Sto. Angel de la Guarda = 3
2. S. Emeterio y S. Celedonio = 1
12. S. Gregorio = 1
19. S. José = 1

ABRIL

16. Sta. Engracia = 1
23. S. Jorge = Casa Cataluña en Donostia
28. S. Prudencio = 3 y Casa Alava en Donostia

MAYO

1. S. José Obrero = 4
3. Invencción de la Sta. Cruz = 12
6. S. Juan = 1
8. Aparición de S. Miguel = 3
12. Sto. Domingo de la Calzada = 1
15. S. Isidro Labrador = 10 y General "baserritarras"
17. S. Pascual Bailón = Mercados Donostia
21. Sta. Marina = 1
22. Sta. Rita y Sta. Quitéria = 1

JUNIO

13. S. Antonio de Padua = 8
16. S. Adrián = 1
21. S. Luis Gonzaga = 2
23. Víspera S. Juan = (Hogueras) = General
24. Natividad S. Juan Bautista = 42
26. S. Pelayo = 1
30. S. Marcial = 4

JULIO

1. S. Martín = 2
2. Sta. Isabel (Visitación de Ntra. Sra.) = 4
7. S. Fermín = 3
7. S. Lorenzo = 1
10. S. Cristóbal (Conductores) = 6
15. Beato Miguel de Aozaraza = 1
16. Ntra. Sra. del Carmen = 6

18. Sta. Marina = 7
22. Sta. M.^a Magdalena = 10
25. Santiago Apóstol = 15 y Casa Galicia en Donostia
26. Sta. Ana = 8
31. S. Ignacio = 14

AGOSTO

1. S. Esteban = 6
4. Sto. Domingo de Guzmán = 1
5. Ntra. Sra. de Erguña = 1
6. Transfiguración del Señor o S. Salvador = 4
7. S. Donato = 1
10. S. Lorenzo = 4
15. Asunción Ntra. Sra. = 28
16. S. Roque = 9
24. S. Bartolomé = 10
28. S. Agustín = 7
29. S. Juan Bautista = 4

SEPTIEMBRE

8. Natividad de Ntra. Sra. = 17
9. Ntra. Sra. Aránzazu = 6
10. S. Nicolás = 1
14. Exaltación de la Sta. Cruz = 8
16. S. Martín de Aguirre = 1
21. S. Mateo = 2
24. Ntra. Sra. de las Mercedes = 1
29. S. Miguel = 25
30. S. Gerónimo = 1

OCTUBRE

4. S. Francisco de Asís = 3
7. Ntra. Sra. del Rosario = 3
6. Sta. Fe = 1
12. Ntra. Sra. del Pilar = 2
17. S. Gregorio Taumaturgo = 1

NOVIEMBRE

1. Todos los Santos = General
2. Stos. Difuntos = General
11. S. Martín de Tours = 18
12. S. Millán = 2
30. S. Andrés Apóstol = 5

DICIEMBRE

1. S. Eloy = 1
6. S. Nicolás Obispo = 5
8. Inmaculada Concepción = 1
9. Sta. Leocadia = 1
10. Sta. Eulalia = 1
13. Sta. Lucía = 3
21. Sto. Tomás = 6
24. Nochebuena = General
25. Sta. Anastasia = 1
31. Nochevieja (Ritos varios) = General

FIESTAS MOVILES

- Domingo de Ramos = 1
 Carnaval = General
 Semana Santa = General
 Resurrección: Domingo anterior = 1
 Pascua Resurrección = 1
 Lunes Pascua = 3
 Octava o Sta. Trinidad = 6 TOTAL: 11
- Ascensión: Ascensión = 6
 Octava = 2
 Jueves después Ascensión = 1 TOTAL: 9
- Pentecostés: Pascua de Pentecostés = 5
 Domingo posterior = 1
 2.º día de Pascua = 2 TOTAL: 8
- Corpus Christi: En su día = 6
 Jueves posterior = 1
 Octava = 1 TOTAL.- 8
 Procesiones = General

Ahora bien, si ordenamos estas fiestas en orden decreciente a su número obtendremos esta otra relación:

<i>N.º FIESTAS</i>	<i>SANTO</i>	<i>FECHA</i>
Generales	Víspera Epifanía	5 Enero
Generales	Candelaria	2 Febrero
Generales	Víspera Sta. Agueda	4 Febrero
Generales	Carnaval	Móvil
Generales	Semana Santa	Móvil
Generales	Corpus Christi	Móvil
Generales	Víspera S. Juan	23 Junio
Generales	Todos los Santos	1 Noviembre
Generales	Santos Difuntos	2 Noviembre
Generales	Nochebuena	24 Diciembre

Generales	Nochevieja	31 Diciembre
42	Natividad S. Juan	24 Junio
28	Asunción N. Sra.	15 Agosto
25	S. Miguel	29 Septiembre
18	S. Martín Tours	11 Noviembre
17	Natividad N. Sra.	8 Septiembre
15	Santiago Apóstol	25 Julio
14	S. Ignacio	31 Julio
12	Inción. Sta. Cruz	3 Mayo
11	Resurrección	Móvil
10	S. Isidro Labrador	15 Mayo
10	Sta. M. ^a Magdalena	22 Julio
10	S. Bartolomé	24 Agosto
9	Ascensión	Móvil
9	S. Roque	16 Agosto
8	Pentecostés	Móvil
8	Corpus Christi	Móvil
8	S. Antonio Padua	13 Junio
8	Sta. Ana	26 Julio
8	Exción. Sta. Cruz	14 Septiembre
7	Sta. Marina	18 Julio
7	S. Agustín	28 Agosto
6	Octava Resurrección	Móvil
6	S. Sebastián	20 Enero
6	S. Cristóbal	10 Julio
6	N. Sra. Carmen	16 Julio
6	S. Esteban	3 Agosto
6	N. Sra. Aránzazu	9 Septiembre
6	Sto. Tomás	21 Diciembre
5	S. Blas	3 Febrero
5	Sta. Agueda	5 Febrero
5	S. Andrés Apóstol	30 Noviembre
5	S. Nicolás Obispo	6 Diciembre
4	S. Antonio Abad	17 Enero
4	S. José Obrero	1 Mayo
4	S. Marcial	30 Junio
4	Sta. Isabel	2 Julio
4	S. Salvador	6 Agosto
4	S. Lorenzo	10 Agosto
4	S. Juan Bautista	29 Agosto
3	Angel de la Guarda	1 Marzo
3	S. Prudencio	28 Abril
3	Aparición S. Miguel	8 Mayo
3	S. Fermín	7 Julio
3	S. Francisco Asís	4 Octubre
3	Ntra. Sra. Rosario	7 Octubre
3	Sta. Lucía	13 Diciembre
2	S. Luis Gonzaga	21 Junio
2	S. Martín	1 Julio

2	S. Mateo	21 Septiembre
2	N. Sra. Pilar	12 Octubre
2	S. Millán	12 Noviembre
1	Domingo de Ramos	Móvil
1	S. Vicente	22 Enero
1	S. Pablo	25 Enero
1	S. Valero	28 Enero
1	S. Emeterio y Celd.	2 Marzo
1	S. Gregorio	12 Marzo
1	S. José	19 Marzo
1	Sta. Engracia	16 Abril
1	S. Juan	6 Mayo
1	Sto. Domingo Calzada	12 Mayo
1	Sta. Marina	21 Mayo
1	Sta. Rita- Sta. Quitere.	22 Mayo
1	S. Adrián	16 Junio
1	S. Pelayo	26 Junio
1	S. Lorenzo	7 Julio
1	Bto. Migl. Aozaraza	15 Julio
1	Sto. Domingo. Guzmán	4 Agosto
1	N. Sra. Erguña	5 Agosto
1	S. Donato	7 Agosto
1	S. Nicolás	10 Septiembre
1	S. Martín Aguirre	16 Septiembre
1	N. Sra. Mercedes	24 Septiembre
1	S. Gerónimo	30 Septiembre
1	Sta. Fe	6 Octubre
1	S. Gregorio Taumatur.	17 Noviembre
1	S. Eloy	1 Diciembre
1	Inmaculada Cpción.	8 Diciembre
1	Sta. Leocadia	9 Diciembre
1	Sta. Eulalia	10 Diciembre
1	Sta. Anastasia	25 Diciembre

Vertimos estos datos en un gráfico con las características que aquí se explican. Al objeto de establecer si, efectivamente, existen unos períodos o ciclos festivos en el año, hemos realizado una circunferencia subdividida en 12 partes, tantas como meses tiene el año.

La circunferencia presenta cinco círculos de radio concéntrico para indicar el número de lugares que en tales fechas desarrolla acontecimientos festivos: en 10 lugares, en 20, en 30, en 40 y, en el más exterior, cuando se celebran de forma general en todas o casi todas partes, como es, por ejemplo, el caso de la Navidad.

Trazamos a continuación las líneas que indican los equinoccios: 20-21 de marzo para el de primavera y 22-23 de septiembre para el de otoño. Y la de los solsticios: 21-22 de junio o solsticio vernal, y 21-22 diciembre o solsticio hiemal.

Por último creo necesario advertir que el autor ha adoptado una perspectiva antropológica, con la geometría como herramienta de apoyo, para alcanzar conclusiones antropológicas. Como tal quisiera que se entienda.

Tras un repaso al gráfico comprobamos, en primer término, que son comunes al conjunto de Guipúzcoa las fiestas del ciclo navideño (desde Nochebuena a los Olentzéros), los ritos de San Juan y sus fuegos solsticiales (junio), amén de los días de recuerdo a los difuntos (noviembre); también abundantes —sobre todo en el área rural— son las celebraciones de San Isidro Labrador (mayo) y las bendiciones de febrero (Candelaria, San Blas).

El cuadro queda incompleto sin las celebraciones de carnaval y cuaresma, pero por ser móviles no las hemos incluido en el gráfico.

Otros rituales que queremos dejar constancia por su universalidad en otras épocas, que aquí no figuran por su práctica extinción, son los conjuros contras el rayo que se efectuaban desde el 4 de mayo (día de la Santa Cruz) hasta el 14 de septiembre (Exaltación de la Santa Cruz), cubriendo así un arco que unía, grosso modo, ambos equinoccios.

UN ORIGEN Y DOS MOMENTOS FESTIVOS

A la vista de todo ello, obtenemos algunas conclusiones, no menos interesantes por su provisionalidad hasta tanto no agotemos el estudio de las fiestas en otras latitudes.

En primer lugar parece evidente que en adelante podemos hablar de una única expresión festiva original: la Astral, que engloba en sí misma la estacional, en tanto que el hombre descubre desde muy temprano la unidad existente entre los astros y la vida en la tierra, el sol y las cosechas.

El esquema gráfico de las fiestas de Guipúzcoa nos desvela además que las fiestas más arraigadas coinciden con los solsticios: el hiemal con las celebraciones navideñas, y el vernal con las de San Juan.

Reflejamos aquí los vectores de mayor intensidad del gráfico anterior:

Vemos, pues, que a la línea vertical de las fiestas solsticiales se añaden dos diagonales cuyos brazos equidistan del solsticio invernal: se trata de los ritos de protección. Los períodos festivos destacan por su forma de "Y" sobre el calendario anual.

Así las cosas, y buscando esa unidad interpretativa que nos hemos propuesto, yo planteo dos tipos de fiestas que surgen en un mismo contexto histórico pero diferenciados por sus motivaciones: a) de regeneración, y b) de protección y afirmación de la vida.

A. Fiestas de regeneración

Los solsticios, según nuestra teoría, son los momentos culminantes de regeneración de la naturaleza. Todo muere para que todo vuelva a nacer: el nacimiento del sol en las culturas orientales y el de Cristo en las occidentales, ambos en el hiemal.

Recordemos aquí que para la mentalidad popular las brujas desarrollan

su máxima actividad en dos días al año: precisamente los correspondientes a los solsticios, cuando la luz lucha contra las tinieblas.

También nuestra civilización conserva ritos de regeneración anteriores al cristianismo: es el caso del popular Olentzero, que Julio Caro Baroja une a una tradición del “día o tronco nuevo”, que era como los antiguos vascos denominaban al solsticio de invierno.

Con el solsticio vernal el fuego se convierte en protagonista (hogueras y otros rituales precristianos, como el de atravesar campos y caminos con antorchas “purificadoras”), junto con el agua: esa noche en muchos lugares las familias se bañaban y rociaban cuerdas y campos del líquido elemento, y en la actualidad todavía en muchos lugares se bendicen los campos con agua bendita en la festividad del Bautista (nótese la imbricación de los símbolos en el rito cristiano: solsticio-agua-bautismo).

Todavía hoy en Urdiain (Navarra), se mantiene el rito del *Ur-berriak* en la última noche del año (antiguamente con seguridad se haría en la noche solsticial de invierno), cuando se considera que el agua posee poderes curativos y regeneradores para personas, animales y cosas.

Pese a la evangelización, en la Edad Media tras las magnas celebraciones litúrgicas del día de San Juan, los fieles corrían a los ríos y las fuentes para sumergirse en sus aguas: los residuos del paganismo eran aun palpables.

En estos días, el hombre siente que vuelve a nacer, recupera la pureza a la par que toda la naturaleza: la positiva (tierras, agua, cielos) y la negativa (brujas, espíritus malignos, etc.).

B. Fiestas de protección y afirmación de la vida

Hemos visto en el gráfico que los vectores diagonales apuntan a las fiestas de orden protector, de defensa. En ellas se incluyen los ritos de “fortificación” a través de los elementos que inciden en sus vidas: se bendicen los alimentos (San Blas), que tomará la familia y darán a comer a sus animales, se bendicen semillas que mezclarán con las que van destinadas a la siembra y se bendicen las velas (Candelaria) que habrán de encender en los días de tormenta, o cuando un familiar esté en la mar y se levante un temporal, siempre que haya en casa un agonizante o un difunto, o en el *yarleku* (tumba familiar) de la iglesia.

No menos evidente asoma la voluntad subyacente de la fiesta de difuntos y ánimas del purgatorio: defender a los vivos ante los difuntos, mantener a éstos en paz y “contentos” para que no tengan necesidad de volver. Todas las investigaciones que sobre el tema de los ritos funerarios hemos realizado nos llevan a la conclusión de que la filosofía que subyacía no era otra que la de “ayudemos a nuestros difuntos a que suban al cielo para bien de ellos” y por sí acaso también para el nuestro, pues el temor a los muertos podía con el imperativo cristiano de “honrar a los difuntos”.

Por último, en este período encajan las fiestas de carnaval y la anti-fiesta de Cuaresma. De esta última ya anticipamos su origen exorcizador de las pasiones que se desataban en las primeras. La principal ceremonia de las fiestas Lupercales romanas eran las “Februes”, sinónimo de purificación, depuración. Nuestros *Aratostes* o *Iantes* derivan etimológicamente de *Iantu* o *Xau-*

tu, también limpiar o purificar. Todo parece indicar un posible origen mítico-propiciatorio cuyo auténtico sentido se fue perdiendo, quedando como signo el elemento *fuego* (hogueras, quemar el muñeco o sujeto de culpas, correr con fuego, etc.) que ocupaban un lugar importante en la fiesta, al igual que el *agua* (se rociaban unos a otros, se ahogaban a los muñecos) también jugaba su papel.

En el apogeo del invierno y del otoño, cuando más indefenso se siente el colectivo frente a un entorno que parece sucumbir en la noche profunda de los vientos, las lluvias y las nieves —tiempo propicio para los peores pensamientos y los augurios más negros—, se ejecutan los ritos de afirmación de la vida: afirmación frente a la muerte (noviembre) y desbordamiento concupiscente (carnaval).

CONCLUSIONES

En definitiva, considero que las primeras manifestaciones festivas-rituales respondían a creencias de tipo animista, con el sol, la luna, la tierra y el agua como motivos centrales.

Con el paso del tiempo evolucionaron las manifestaciones del hombre tanto en lo religioso como en lo social. Con la irrupción del monoteísmo, a los credos y ritos paganos se superpusieron las nuevas variantes, de modo que la adoración al astro solar se transformó en el reconocimiento del único Dios creador de todas las cosas; a la luna-muerte por el culto a los difuntos y los santos; el culto a las montañas y la piedra se sincretizó construyendo templos en montañas y cuevas, etc.

Simbólicamente, el fuego y el agua fueron identificados con el aliento divino —representación del Espíritu Santo— y el misterio del bautismo y sus derivaciones —bendición con el hisopo, agua bendita al entrar en las casas e iglesias o manantiales milagrosos—, respectivamente.

Tras este repaso un tanto somero al posible origen de la fiesta sabemos ya que la clara coincidencia de las fiestas más importantes de Guipúzcoa —y por lo común las de Euskalerría y de otras latitudes— con los ciclos astrales, revelan (como ya demostraran José Miguel de Barandiarán y Julio Caro Baroja principalmente) las creencias animistas de nuestros antepasados. Amén de esto, la pervivencia hasta hace pocos años de abundantes ritos astrales nos aboca a afirmar que las fiestas surgen de la observancia de los ciclos naturales, tanto en su dimensión astral —sol/luna— como estacional, que no es más que una secuencia de la anterior.

En segundo lugar, si entramos a clasificar las fiestas parece claro que existen dos motivaciones: *propiciar* que la temporada que se inicia sea favorable en la caza y las cosechas (las esperanzas del vernal), y *proteger* los bienes que hacen posible esa prosperidad (los temores del hiemal ante los rigores del invierno). Pero en resumen todo puede reducirse a una misma palabra: *subsistencia*.

Subsistencia en el plano material, pero con la vista puesta en las amenazas físicas y en las no-físicas. El hombre tendrá que proveerse de alimentos sanos y suficientes: de aquí nacerán los ritos de fecundación de animales y plantas,

así como los ritos de propiciación y bendición de los elementos comestibles. E igualmente debía defender la propia vida no sólo de los elementos naturales como el rayo, las tormentas, los naufragios o las enfermedades, sino también de los elementos sobrenaturales, tanto de los ignotos malos espíritus (brujas, aojamientos, fuerzas malignas) como de los bien conocidos: los muertos.

Todo elemento que pudiera ser eficaz para la obtención de estos fines era y es aún utilizado (pues nosotros nos movemos, acaso con cierto automatismo, en los mismos parámetros): el agua y el fuego sobremanera.

Como animal social que es, el hombre comprende muy pronto que su suerte individual está ligada a la del colectivo en que se integra. La fiesta así entendida (comuni6n de sujetos alborozados y hermanados estrechamente), es un momento superior del género humano en el que interpreta que la potencia volitiva del grupo actúa con superior energía sobre las fuerzas externas que si lo hiciera a título personal.

Por último, a esta interpretación unitaria y unívoca tal vez habría que añadir otras. Está ampliamente demostrado que en la antigüedad las acciones humanas no se dirigían generalmente a un solo fin, sino que daban múltiples significaciones a los hechos constitutivos de sus existencias. Esta riqueza de lecturas a los fenómenos naturales, hacen del todo punto limitadas nuestras aproximaciones al tema.

Ello no obsta para que podamos concluir que en el sentido unitario que representaría la colectividad en fiesta (prosperidad, vida) veamos una multiplicidad casi infinita de gestos, de exégesis y de voluntades particulares.